

Mines de Free

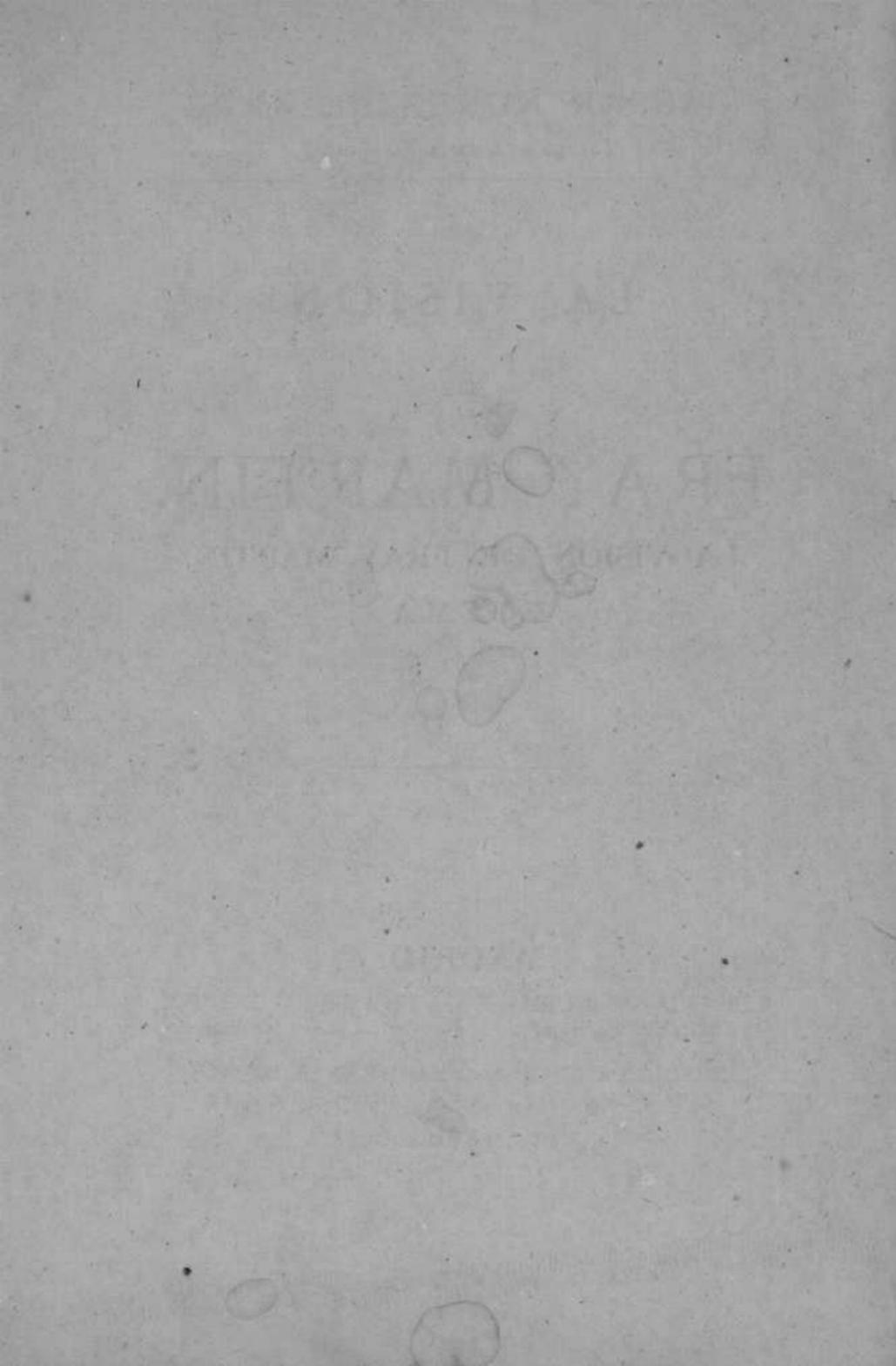
La Vision  
des  
Gros Martin

G-F 1264



10 1964  
A

LA VISION DE FRAY MARTIN.



GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

---

LA VISION

DE

FRAY MARTIN.

POEMA.

---

MADRID:

LIBRERÍA DE MURILLO,  
Calle de Alcalá, núm. 7.

LIBRERÍA DE FÉ,  
Carrera de San Jerónimo, 2.

LIBRERÍA DE CUESTA,  
Calle de Carretas, 9.

LIBRERÍA DE GUIO,  
Calle del Arenal, 14.

1880.

R. 36115

Tit. 33475

CB 1037306





## CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

El protagonista del nuevo poema que ofrezco al público es Martín Lutero. Mi objeto, al escoger este asunto, ha sido el de representar con los vivos colores de la fantasía las vacilaciones, incertidumbres y terrores que debieron conmover el espíritu del impetuoso agustino, ántes de que se decidiese á quebrantar los vínculos de la obediencia, á declararse en herética rebeldía contra Roma y á trastornar la paz del mundo cristiano.

El hombre, á pesar de su orgullo indomable, es un sér tan limitado y finito, que no conoce el alcance ni la duracion de sus propias obras, y no sabe siquiera lo que engendra en el órden físico ni en el intelectual. ¿Dará su vida á un idiota ó á un genio? La idea que fecunda en su cerebro ¿será el error de un día ó una verdad que dominará la tierra y gravitará sobre los siglos? Lo ignora. Instrumento misterioso de la voluntad divina, ajeno á los fines providenciales en cuya realizacion interviene, no obs-

tante, como agente principal, cumple su mision sin comprenderla, y no sin íntimo convencimiento de esta verdad, dice Bossuet con elocuencia avasalladora, que «el hombre se agita y Dios le conduce.»

Lutero y las potestades de su época no se dieron cuenta exacta del movimiento religioso y social en que eran importantes actores, hasta que el mal no tuvo remedio y el cisma sobrevino. El oscuro fraile de Witemberg no creía, al principio, inferir ninguna herida á la Iglesia, combatiendo el tráfico que entonces se hacía de las Indulgencias; Leon X, espíritu generoso y suave, se reía de las agudas argumentaciones del doctor agustino, celebrando á veces su ingenio; el invicto Carlos V exclamaba, al verle, con aire distraido y desdeñoso:—¿Y éste es el hombre que ha de trastornar mi imperio?— Enrique VIII le escarnecía con burlas acerbas, y las más perspicuas inteligencias de Italia se encogían de hombros, no pudiendo comprender que un bárbaro, como le llamaban, tuviese fuerzas bastantes para turbar la paz del catolicismo y remover el mundo. Pero llegó un momento en que todos se espantaron de lo que habían hecho y de lo que no habían impedido, como sucede siempre en las grandes catástrofes de la tierra; Lutero amedrentado quiso, más de una vez, retroceder, y no pudo; el Pontífice intentó cortar el incendio cuando ya era difícil conseguirlo, porque las llamas habían prendido en toda la cristiandad; Carlos V se vió empeñado en guerras sangrientas,

promovidas por la doctrina de aquel mísero fraile que había despreciado, y Enrique VIII, el defensor de la fe, arrancaba violentamente su reino á la obediencia de Roma, instigado por la más torpe y desordenada concupiscencia. Lo que parecía en su origen sutileza teológica, queja contra determinados abusos, cuando más, apasionada reyerta entre dos órdenes religiosas rivales, dominicos y agustinos, era en realidad el alumbramiento de trascendental y asombrosa revolucion, que no ha terminado todavía, y Dios sabe cuándo tendrá fin.

La contemplacion en la Historia de este extraordinario acontecimiento, al cual debe, en gran parte, nuestra generacion, el estado de inquietud en que vive, me ha inspirado este poema, que he escrito como un desahogo, por decirlo así, de mi corazon y de mi espíritu. No he tratado de hacer una obra crítica, sino un estudio puramente psicológico en la esfera del arte, y se engañaría quien atribuyese á mi trabajo otra intencion y diversa tendencia. En él no juzgo, ni acrimino, ni absuelvo; me limito á pintar las angustias de un alma en los momentos supremos de su transfiguracion y de su caída. Los silenciosos combates de la fe y de la duda en lo más hondo de la conciencia humana, han ejercido constantemente sobre mí, atraccion irresistible, tal vez porque reflejan uno de los conflictos morales más frecuentes en nuestro siglo, donde son pocos los entendimientos bienaventurados que ven siempre

diáfano y sereno el cielo de su creencia, y no se sienten atormentados por internas y borrascosas contradicciones.

Hecha esta aclaracion, que me parece necesaria para evitar aventurados juicios y comentarios injustos, nada más tengo que decir, y termino recomendándome á la buena voluntad de mis lectores.

24 de Febrero de 1880.

G. NUÑEZ DE ARCE.

# LA VISION

DE

## FRAY MARTIN.

(WITEMBERG, 15...) (1)

### CANTO PRIMERO.

#### I.

Era una noche destemplada y triste  
del invierno aterido. Lentamente  
la nieve silenciosa descendiendo  
del alto cielo en abundantes copos,  
como sudario fúnebre cubría  
la amortecida tierra. Cierzo helado  
azotaba los árboles desnudos  
de verde pompa, pero no de escarcha,  
y, conmovidos por el recio choque,  
parecían lanzar en las tinieblas  
los duros troncos, lastimeros ayes.

## II.

La ciudad descansaba. De repente  
turbó su sueño el lúgubre tañido  
de la campana, que con voz sonora  
desde la torre á la oracion llamando ,  
en sus vibrantes notas contenía  
todo el siniestro horror de aquella noche,  
negra y glacial, como el ingrato olvido  
de la mujer amada.

## III.

Era la hora  
de los maitines en el viejo templo  
de Padres Agustinos. Taciturnos  
y soñolientos, la capucha vuelta  
sobre la faz rugosa, y con los brazos  
en las flotantes mangas escondidos,  
por el gótico claustro del convento  
los frailes avanzaban hácia el coro.  
Las moribundas lámparas que ardían

de trecho en trecho, el claustro iluminaban  
con esa claridad tibia y confusa,  
más espantable que la misma sombra.  
Y allá léjos, muy léjos, en el punto  
do se perdían sus inciertos rayos,  
—como en el lapso, perceptible apenas,  
en que la luz crepuscular se extingue  
y cede el paso á las nocturnas horas—  
próximo al muro, tosco crucifijo  
de colosal tamaño descollaba,  
despertando en el alma esos terrores  
vanos, pero invencibles, que el silencio  
forja en la oscura soledad.

## IV.

## El claustro

quedó poco despues desierto y mudo,  
y entónces un humilde religioso  
de su celda salió. Cual si cediese  
á irresistible impulso, ante la imágen  
del Santo Redentor, que en la penumbra  
sus enclavados brazos extendía,

con sorda agitacion cayó de hinojos ;  
ronco gemido levantó su pecho ,  
como levanta las dormidas olas  
del mar la tempestad ; copioso llanto  
rodó por sus mejillas descarnadas ,  
y reclinando en la marmórea piedra  
su demacrado rostro , oró un momento .

## V.

El preludeo del órgano , inseguro ,  
débil y torpe cual la voz del niño  
que la palabra indómita balbuce ,  
súbitamente interrumpió el reposo  
del sagrado retiro , y la profunda  
contemplacion del afligido hermano .  
Sacudió la cabeza cual sacude  
el caminante su nevada capa  
cuando al hogar hospitalario llega ,  
y arrojando de sí los pertinaces  
recuerdos , suspiró , besó contrito  
la helada losa , y penetró en el coro .

## VI.

Él faltaba no más. Saludó el ara  
con fe devota, y ocupó su asiento  
en la esbelta y tallada sillería  
donde esculpió la primorosa mano  
de hábil artista el trágico poema  
de nuestra santa Redencion. La roja  
y amortiguada llama de los cirios,  
que junto al facistol se consumían  
con áspero y tenaz chisporroteo,  
alumbraba la augusta ceremonia.  
El órgano, hasta entónces vacilante,  
rompió, como ruidosa catarata,  
en raudales de mística armonía,  
y cual aves que salen de sus nidos  
al llamarlas el sol, ágiles notas  
en tropel la alta bóveda inundaron,  
ya graves, ya sumisas, ya imponentes.  
Despues el rezo comenzó.



## VII.

¿Quién oye  
sin alterarse el recogido acento,  
el unísono cántico que elevan  
á Dios las almas puras, olvidadas  
del mundo y de sus locas vanidades?  
¿Quién no siente de lágrimas henchidos  
los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece  
cuando en la nave colosal retumba,  
con la terrible majestad del trueno,  
ese coro magnífico y sublime,  
mitad imprecacion, mitad sollozo,  
en que parece que palpita y llora  
abrazado el dolor á la esperanza,  
como un esposo al cuerpo inanimado  
de la mujer á quien amó rendido?

## VIII.

Los salmos de David son como el viento,  
que apacible y sutil el campo orea,

grana la mies, y en melodiosas arpas  
 los corpulentos árboles convierte.  
 Mas luégo fiero y desatado troncha  
 los más robustos troncos, las campiñas  
 y los poblados tala, hincha los mares  
 revolviendo las olas, y el espacio  
 con sus bramidos espantosos llena.  
 Tambien el canto del salterio enjuga  
 el lloro acerbo, vierte en las heridas  
 consoladores bálsamos, conforta  
 al débil, da vigor al oprimido,  
 y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla  
 en sus tremendas notas el enojo!  
 ¡Ay, si el céfiro blando se transforma  
 en huracan desenfrenado! Entónces  
 abate á los soberbios, aniquila  
 la maldad orgullosa, y hasta aventa  
 el olvidado polvo de las tumbas.  
 ¡Oh canto de piedad y de castigo!  
 Por tus sacros versículos parece  
 como que escucha el ánimo suspenso  
 rodar todo el estrépito del mundo :  
 tronos que se desploman, muchedumbres

que arrastra la pasion , sordo rugido  
de la plebe sin Dios, desesperadas  
blasfemias, estertores de la muerte,  
todo en el arpa del Profeta vibra.

— Es como el mar la humanidad: ni calla  
ni se detiene. En su perpétuo curso  
cada generacion lanza su queja,  
como cada ola su rumor. Furioso  
el vértigo del tiempo la arrebata,  
y clama sin cesar de siglo en siglo:

— ¡ Misericordia, oh Dios, misericordia! —  
¿ Concentran ¡ ay! los inspirados salmos  
tan perdurable afan?

## IX.

Con impaciente  
celo, como quien busca en la plegaria  
fuerza para domar las tempestades  
del oprimido corazon, el monje  
recien llegado al religioso coro  
unió su voz entrecortada y dura.

Los que gemís en las mortales noches

de prolongado insomnio, en que vacila  
la fe, se ofusca la razon, y pliega  
la esperanza sus alas, como el ave  
ya próxima á espirar; los que del fondo  
del pensamiento, en tan horribles horas,  
sentís nacer la alborotada idea,  
grande como Luzbel, como él impía,  
tentadora y rebelde; los que en lucha  
tenaz con la conciencia amedrentada  
veis lentamente oscurecerse el cielo  
y pasar en revuelto torbellino  
las ilusiones y crēencias, una  
tras otra, cual las chispas fugitivas  
de ardiente hierro sometido al yunque:  
vosotros ¡ay! en el medroso acento  
y en el fervor acongojado y hondo  
con que el mísero fraile á Dios llamaba,  
sentido hubiérais palpitar la duda,  
la duda insana, la ansiedad suprema  
del náufrago infeliz que, arrebatado  
por las rugientes y encrespadas olas,  
mira á lo léjos la risueña playa,  
insensible á su mal.—Mas de imprevisto

calló, fijando los turbados ojos en el gótico altar, que en lo profundo del templo opacamente aparecía. Y creyó ver que en la desierta nave como negro vapor se condensaban las palabras del salmo, los acordes armoniosos del órgano, su misma voz, de zozobras llena, y hasta el eco que resonaba en los macizos muros. Los bíblicos lamentos, los dolientes ayes y los versículos sublimes que del coro monástico surgían, dijérase que en raudas espirales iban á hundirse en la profusa niebla, espesándola más. Luégo del seno de aquella masa lóbrega, conjunto de quejas, y suspiros, y clamores en concertado són, cada gemido, cada plegaria, cada voz, cobrando sér, cuerpo y expresion de un pensamiento, de una muerta memoria ó de una pena, en mezcla tumultuosa á la mirada del aturdido fraile se mostraron.

## X.

Poblóse la ancha bóveda de informes y fantásticos seres, que en horrenda, vertiginosa danza, en incesante giro, en continuo movimiento, como nocturnas aves por el aire vago, agitaban sus alas no sentidas. Las recónditas ansias, las pasiones dormidas, los recuerdos importunos, que hasta del claustro en el retiro humilde rompen la paz de la existencia humana, en la insondable sombra revivieron; y cuantos vicios escondidos yacen en lo oscuro del alma, allí en confuso turbion, tomando caprichosas formas, cruzaban cual relámpagos. La gula, la codicia, el rencor, la hipocresía, larvas de humano rostro, serpeaban con cárdeno fulgor en las tinieblas. Y la pálida envidia, el vil recelo, la iracunda ambicion, el hondo hastío,

monstruos disformes de aceradas garras,  
ávidas fauces y órbitas de lumbre,  
con inquieto furor se retorcían.

Como indeciso rayo de la luna  
en tormentosa noche, contrastando  
con las visiones lívidas, que el miedo,  
la pasión despechada, acaso el crimen  
en la espantosa soledad engendran,  
la fe sencilla y crédula que busca  
su patria celestial, de luz vestida,  
los tenebrosos ámbitos surcaba.

Allí la voz en que el amor profano  
se revuelve ignorado y contenido,  
como el fuego volcánico en las duras  
entrañas de la tierra, revestía  
gallardas formas de mujer. ¡Cuán fácil  
mostrábase al amor, desnudo el seno  
y palpitante, la febril mirada  
incitando al placer, y la entreabierta  
boca ofreciendo al corazón lascivo  
un ósculo sin fin como el deseo!  
Desgreñadas orgías, imposibles  
sueños de la abstinencia, abrumadores

votos de castidad, que en las vigili-  
as del claustro brindan en dorada copa  
á la sed de las almas hiel hirviendo,  
con satánica burla le acosaban.  
Allí la pena, y el amor, y el odio  
lloraban en silencio; allí la culpa  
se destrozaba el oprimido pecho.  
El gesto y la expresion de aquella hueste  
de siniestras visiones daba espanto:  
lleno estaba el espacio de sollozos  
que se quebraban sin sonar; ni un grito,  
ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable  
y fantástica ronda interrumpían (2).

## XI.

El fraile, jadeante y confundido  
cual si tomara en la incesante rueda  
parte activa tambien, la deslumbrada  
vista alejó de la imponente nave,  
clavándola en el suelo. ¡Ay! Pero nunca  
hiciera tal. Horripilante cuadro,  
que heló su sangre, y de sudor de muerte



cubrió sus miembros rígidos, de pronto  
hirió su trastornada fantasía.  
Frios y descarnados esqueletos  
recien salidos de sus tumbas, mudos,  
inmóviles y absortos, con los brazos  
tendidos, en la iglesia se agolpaban  
de espaldas al altar, mirando al coro,  
y animaba sus mustias calaveras  
mueca infernal, incomprendible, oscura.

Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto  
era de escarnio ó de dolor? Vedado  
está el misterio á la razon del hombre.  
¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie  
sabrà jamàs lo que en su abismo encierran.  
¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?  
¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!—  
¡Este es el mundo! El vértigo en su altura;  
abajo, la bullente podredumbre,  
y en el altar, la sombra.

## XII.

Ante el medroso  
hormiguero de espectros, que ofuscaba

-su juicio y su conciencia, con lamento  
desesperado y penetrante, el monje  
pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto  
de las tinieblas virginal figura  
hermosa y fulgurante, pero triste.

Larga, enlutada túnica cubría  
sus púdicos contornos, cual celaje  
que vela el blanco disco de la luna  
sin amenguar su resplandor; sus ojos  
no lanzaban las ráfagas de fuego  
que en la núbil pupila amor enciende,  
pero brillaban transparentes, puros,  
como los astros en tranquila noche  
de caluroso estío; su ondulante  
y negra cabellera, en destrenzadas  
hebras por la ancha espalda descendiendo,  
con doble encanto resaltar hacía  
la grave y melancólica hermosura  
de la celeste aparición, envuelta  
en una claridad como de aurora.

Pintábase en su faz medítabunda  
y pálida el dolor; ese infinito  
dolor que azora el corazón humano

cuando busca y no encuentra, cuando mira  
y no ve, cuando lucha y desfallece (3).

### XIII.

Cruzando leve el círculo movable  
de seres impalpables, que llenaban  
la bóveda espaciosa, la serena  
vision, rompiendo el aire, entró en el coro,  
y en el respaldo del sitial labrado  
en que convulso el fraile padecía  
tan tremendas angustias, silenciosa  
apoyó dulcemente el blando seno.  
Vióla el monje llegar, cerró los ojos,  
y al través de los párpados, más viva  
la imágen percibió; sintió unos brazos  
que le estrechaban afanosos; luégo  
un ósculo glacial, que á un tiempo mismo  
le helaba el corazon y le encendía  
la mente; luégo penetróle el alma  
una voz regalada y cadenciosa,  
como suspiro de amorosa vírgen;  
voz que, temblando, le decía:—Deja

que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo  
podrá ya desatar? ¡Ven! Te he besado  
y ya eres mío, ¡para siempre mío! —

XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces  
alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*  
solemne y grave, el templo estremecía,  
y la vision radiante á cada salmo  
contestaba con otro, cual contestan  
el eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado  
el varon que se humilla  
y no escucha el consejo del malvado,  
ni en la manchada silla  
de ciegos burladores se ha sentado.

LA VISION.

Si en seguirme consientes,  
pide, y mi amor te colmará fecundo

de dones y presentes;  
tuyos serán los términos del mundo  
y te daré por heredad las gentes.

## CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas;  
la tentacion desprecia  
y huye de falsas y mentidas galas;  
que si el peligro arrecia,  
te esconderé en la sombra de mis alas.

## LA VISION.

¿Vacilas? Ten aliento,  
y no el torpe recelo te confunda;  
eleva el pensamiento,  
y libre como el pájaro en el viento,  
quebranta tu cadena y tu coyunda.

---

Rígido, incierto, atormentado acaso  
por ocultos deseos, hasta entónces

nunca sentidos, y que el leve ácento  
de la vision en su interior movía,  
volvióse el fraile, y preguntó azorado:  
—¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras  
mi oracion y mi paz?—¿No me conoces?—  
le respondió, atrayéndole afanosa:  
—Yo soy, mírame bien, algo que vive  
y algo que ha muerto en tí. Soy una llama  
que surge de improviso en el abismo  
de tu inquieta razón. ¡Yo soy la Duda!  
Al oír esto, irguióse el sacerdote,  
y acometido de mortal desmayo,  
quiso escapar de allí, mas vino á tierra  
como la encina rota por el rayo.

## CANTO SEGUNDO.

---

### I.

Mientras los frailes, á piedad movidos,  
el cuerpo de su hermano recogían,  
lívido, mustio, cual si el soplo helado  
de la implacable muerte hubiese roto  
su frágil existencia, el alma libre  
abandonaba su prision oscura:  
breves instantes nada más, y asida  
á la flotante túnica enlutada  
de la hermosa vision, llena de asombro  
se preparaba á levantar el vuelo.

### II.

Del mismo modo que el metal fundido  
recibe y guarda la impresion del molde  
que inflamado y rugiente le contuvo,

el alma incorruptible conservaba  
la forma corporal, y como el rayo  
de luz, que aún flota en la infinita esfera  
después de extinto el astro esplendoroso  
de cuyo seno se escapó, la imagen  
del sér, al mismo sér sobrevivía.

### III.

Obedeciendo á superior impulso  
como la débil hoja que arrebatada  
aura otoñal y el remolino lleva,  
apartóse del cuerpo inanimado  
do refugiada estuvo, que en el coro  
inerte y cadavérico yacía;  
no sin fijar en él tierna mirada  
de lástima y amor.

### IV.

Hasta el cautivo  
llega á cobrar cariño á la cadena  
que le sujeta el pié, si al duro peso

le acostumbran los años; hasta el ave  
que encarcelada y entre hierros vive,  
cuando quebranta su prision, la llora,  
y sola, triste, sin amor, sin nido  
lamenta, agonizando, en la espesura  
su inútil libertad. ¿Cómo podría  
el alma desterrada, cuando vuelve  
á su patria inmortal, dejar gozosa  
al compañero humilde que en la tierra  
prestóle amparo y le ofreció un asilo?  
Él compartió con la infeliz próscrita  
su pobre lecho, el único que pudo  
cederla en su miseria, y el escaso  
pan de sus breves alegrías; siempre  
sumiso y dócil le brindó sus ojos  
para llorar, para sentir sus nervios,  
para pensar su mente, y su palabra,  
y su sangre, y su accion; sin él la idea,  
como Titan paralizado, nunca  
el monte que la agobia rompería:  
fuera un impulso sin objeto, un rayo  
de sol ahogado por la noche, un mundo  
en el seno del caos. Cuando le alienta

del entusiasmo ó de la fe la llama,  
combate sin cesar, y si es forzoso  
morir, se entrega al sacrificio, y muere.  
Por él tiene sus mártires la augusta  
verdad, sus nobles víctimas la ciencia,  
la caridad sus héroes, y el crimen  
sus terrores profundos; él se arroja  
sin temor, convencido ó resignado,  
á las fieras del Circo, á las borrascas  
del mar, á las angustias de la vida  
y á los abismos de lo ignoto. ¡Oh frágil  
y deleznable arcilla donde mora  
el alma contenida, mas no esclava!  
¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo  
Dios, que te honró, cubriendo su grandeza  
con tu envoltura material, no pudo  
separarse de tí sin hondo duelo.

## V.

Por la Vision doliente conducido  
el temeroso espíritu del fraile  
surcó el espacio lóbrego y callado;

pero en la densa oscuridad sus ojos  
incorpóreos veían, y el silencio  
para él tenía incomprensibles voces.  
Descubrió de repente abrupta roca (4),  
cuyo invisible arranque parecía  
surgir de las entrañas del infierno,  
y cuya cima inaccesible envuelta  
en sosegado piélago de lumbre,  
ni el águila, que mira de hito en hito  
del sol la intensa luz, resistiría.  
El principio y el fin del escabroso  
y aislado risco á la razon humana  
le está vedado conocer; ocultan  
las tinieblas más hórridas su base,  
y defiende su cumbre el increado  
resplandor que despide, siempre vivo.  
Con lenta gradacion iba creciendo,  
segun subía en espiral, la llama  
profusa do la cúspide sublime  
sus ásperos contornos escondía,  
hasta llegar á ser, como la sombra,  
más que la misma sombra, impenetrable  
la corona de fuego de la altura.

## VI.

El alma y la vision su raudo vuelo  
abatieron, posándose en la cresta  
de cortadura ingente, que rasgando  
la roca escarpadísima, llegaba  
desde los lindes de la luz difusa  
á los grados más ténues de la sombra.  
Y allí de pié sobre la peña escueta  
inmóviles se alzaban, como grupo  
escultural sobre columna enorme,  
cuando la tarde, al espirar, confunde  
las formas y el color.

## VII.

Ambas tendieron  
hasta el confin de la penumbra inmensa  
la vista audaz, desde el tajado pico  
por cuyas quiebras con fragor caían,  
como torrente de espumosas ondas,  
los siglos despeñados de la cumbre;

é impasibles y absortas, del linaje  
de Adan el rumbo incierto contemplaron.  
Era la marcha fatigosa: agudas  
zarzas, angostos precipicios, tristes  
desfiladeros, páramos incultos,  
sin un arroyo límpido y sereno  
en que templar la sed, sin un abrigo  
donde buscar reposo, embarazaban  
la senda, que enroscándose subía  
por el agrio peñon, como escamosa  
y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,  
dejando impreso por doquier el rastro  
ensangrentado de sus piés desnudos,  
ó á cada paso en las breñosas puntas  
su desgarrada carne, aquel camino  
la humanidad seguía, y avanzaba  
cayendo y levantando; pero siempre  
la vista fija en la inmutable lumbre  
que irradiaba del monte.

### VIII.

Horrendas luchas,  
impensadas catástrofes y fieras

venganzas la diezmaban de continuo.  
En tribus dividida, y en naciones,  
y en imperios, y en razas ¡cuántas veces  
las tribus, las naciones, los imperios  
y las razas enteras, cual rebaño  
que ciego se derrumba y precipita  
se despeñaban en tropel! ¡Y cuántas  
desparecían por completo, como  
la débil nave que la mar sepulta!  
Todo, todo se hundía en la insondable  
vorágine del tiempo. Leyes, usos,  
monumentos y gloria, hasta los mismos  
dioses, temblando de pavor, rodaban  
al fondo de la sima, nunca llena.

## IX.

Los siglos arrollaban á los siglos  
en turbulento curso, cual las olas  
arrollan á las olas, y su paso  
era raudo y fugaz, que en su potente  
fermentacion, naturaleza activa  
absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe

vuelve á crear infatigable. Todo era efímero allí, ménos el Verbo, el luminoso Verbo, la palabra humana, que flotaba sobre el mundo, como al romperse el caos, sobre los mares aún mudos y dormidos, el inmenso espíritu de Dios. Cuando los vastos imperios sucumbían; cuando el hondo abismo devoraba las naciones y las podridas razas; cuando viento de tempestad, en polvo convertidos derribaba los dioses, el radiante Verbo, sobrenadando, trasmitía la herencia, el pensamiento y la memoria del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

## X.

Pálida, sigilosa, descargando certeros golpes por doquier, la muerte en pugna eterna con la vida, el aire envenenaba con su helado aliento, y en pos, blandiendo sus cortantes hoces,

iban sus hijas, la ambicion, la peste,  
el hambre y la discordia. Sin reposo  
sobre la humana especie revolaban,  
como bandadas de voraces buitres  
que acuden al festin de la pelea,  
y perseguían con perenne furia  
la vida hasta en el átomo impalpable.  
Pero extremaban su rencor en vano;  
pues cual simiente que en el fértil surco  
cae y germina, cada sér vencido  
en la revuelta lid, de nuevos seres  
orígen era, y parecida á Anteo,  
la disuelta materia renacía  
al tocar en la tierra, más pujante,  
más rica, más espléndida, más vária.  
¡Oh generosa vida, que conviertes  
hasta el sepulcro en cuna y sólo entregas  
á la insaciable destruccion, la forma  
perecedera y ruin ¡mil veces salve!  
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina  
nunca se agota. Pueblas el espacio  
de incalculables mundos, y los mundos  
de innumerables seres, que revisten



las más diversas formas; tú fecundas  
lo pequeño y lo grande, lo finito  
y lo infinito, el átomo y el cielo.  
¡Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

## XI.

Desde la enhiesta y solitaria roca  
contemplaba el espíritu del monje  
el viviente espectáculo, que apenas  
llegaba á comprender. Extrañas gentes,  
de distinto color, de opuestos ritos  
y múltiples costumbres, aflúan  
al áspero sendero, como afluyen  
los rios á la mar. Allí el etiope,  
el escita, el que acampa en los desiertos  
del África recóndita, el que bebe  
las turbias aguas del sagrado Gangés,  
el índio errante sin hogar ni patria,  
que al través de las selvas primitivas  
su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva,  
el que milita en la escogida hueste  
de Cristo, el que le niega ó le desdora

y da su vida en holocausto impuro  
al triunfal carro de mentidos dioses  
por el error vencido ó por el miedo,  
en la escabrosa senda se agolpaban.  
Pero ¡oh misterio incomprensible! Aquella  
vária y revuelta multitud, que á impulsos  
de opuesta fe, de símbolos distintos,  
y de contrarias religiones, iba,  
siempre en interna y perdurable lucha,  
el humano raudal acrecentando;  
su afán, sus esperanzas, sus temores,  
sus pensamientos íntimos, fundía  
en una sola aspiracion.— ¡El cielo!...  
¡Patria soñada de las almas, trono  
de un Dios excelso á nuestra vista oculto,  
cuyo poder, con vibracion sonora,  
celebran en la bóveda infinita  
los átomos, los mundos y los soles!

## XII.

El cuadro era sublime. Por el fondo  
de la cuesta fragosa, do las brumas  
iban aglomerándose, las razas

inferiores marchaban, con incierto  
paso y cobarde indecision. Las torvas  
pasiones, los bestiales apetitos  
y los bárbaros cultos, se imponían  
allí en la oscuridad, que, como el fango  
crea reptiles venenosos, crea  
la ignorancia también monstruos horribles.  
—¿No es, por desdicha, el fango de la mente?—

### XIII.

A medida que el límite sombrío  
iban salvando, y lentos se acercaban  
á las fronteras de la luz, aquellos  
pueblos se engrandecían, como crece,  
buscando el sol, la planta trepadora  
que arraiga en la pared. Según subían  
hacia la viva claridad, su juicio  
se agigantaba, sacudiendo el yugo  
del instinto brutal, y al pensamiento,  
dominador del mar y de la tierra,  
la fuerza primogénita cedía  
su fuero indisputado. A Esaú velludo  
reemplazaba Jacob.

## XIV.

Por el promedio  
del agrio monte, en donde humanos ojos  
fijarse pueden sin cegar, los pueblos  
avanzaban de Europa; iba delante  
Roma sacerdotal, la sacra Roma,  
que el cetro de los Césares trocando  
por el cayado del Pastor, cual nunca  
era señora y árbitra del mundo.  
¡Jamás autoridad más formidable  
sobre la tierra gravitó; las almas  
y los cuerpos, los muertos y los vivos,  
el pensamiento y la esperanza, todo  
se doblaba á su poder supremo!  
La fe le daba apóstoles y esclavos,  
la religion fervientes defensores,  
el atroz fanatismo sus verdugos,  
sus fantasmas el miedo, sus angustias  
el corazon culpado ó receloso.  
Nada en el orbe amedrentado había  
más alto que ella; su invencible signo

sobre la áurea corona de los rëyes  
se levantaba abrumador; la torre  
sobre el hogar, sobre la tierra el cielo.  
¡El cielo, cuyas puertas de diamante  
se abren ó cierran á su voz! La santa  
y redentora Cruz, era el amparo  
del débil, el valor del oprimido  
y el espanto del réprobo. Por ella,  
febril é insomne el déspota orgulloso  
se revolcaba en su dorado lecho;  
por ella el triste, el mísero, el desnudo,  
el perseguido, el siervo, abandonaban  
la ingrata vida sin odiar al hombre,  
ni renegar de Dios único y trino.

## XV.1

Sobrecogida el alma de respeto,  
oraba, viendo la Ciudad Eterna  
que dirigía el movimiento humano  
agitarse á sus piés. Pero de pronto  
se estremeció de horror; rojos vapores  
de sangre hácia la cúspide ascendían,

y en el aire espesándose, tomaban de alado espectro la terrible forma.

La bestia apocalíptica que en Patmos vió el inspirado Juan, la bestia enorme de hirsutos piés, de coronadas astas y bocas de blasfemia, sobre Roma se dilataba como nube ardiente.

Su siniestro fulgor reverberando en la ciudad monumental y excelsa, la iluminaba cual voraz incendio, y á su rojizo resplandor, los muros, arcos, pórticos, templos y obeliscos que en su recinto amontonó la gloria, destacábanse negros, cual si fuesen las calcinadas vértebras de un monstruo por el fuego celeste devorado.

Buscaba el alma con creciente anhelo la Cruz por todas partes, y por todas la vió rota ó volcada; parecía que la Ciudad adúltera en su culto reintegraba á los dioses decaídos.

¿Dónde estaba Jesús? ¿En dónde estaba María, madre del dolor humano

y estrella de los mares procelosos?  
¿En dónde estaba la verdad? ¿En dónde?  
La erudicion infatigable; el arte  
hermoso, pero idólatra; la ciencia  
incrédula ó rebelde; los deseos  
como sátiros, sueltos, se rendían  
á la más ciega admiracion pagana.  
Uniendo el sacrilegio, á la torpeza  
de *Moisés* bajo la austera forma (5)  
Júpiter palpitaba; la afrodita  
Vénus bajo las tocas virginales  
de la Madre de Dios, si es que el lascivo  
pintor la imágen de su amor profano  
á su lienzo inmortal no trasladaba.  
Las estatuas desnudas, los obscenos  
cuadros, los libros licenciosos, eran  
más que ornamento, escándalo y ludibrio  
de la mansion pontifical; sus muros,  
donde tan sólo resonar debían  
místicas oraciones, con el coro  
de vergonzosas farsas retumbaban.  
Ritos, costumbres, ceremonias, usos  
de la Roma gentílica, surgiendo

de sus clásicos antros removidos,  
cual el hedor que de las tumbas sale  
apestaban la tierra, y lentamente  
iban velando el resplandor fecundo  
de la gloriosa Cruz (6).

## XVI.

De espanto llena,  
vió el alma por los ámbitos sombríos  
hosco cruzar y lívido el espectro  
del papa Borja, con crispada mano  
sacudiendo su túnica empapada  
de hirviente sangre, y vió que cada gota  
en lúgubre fantasma convertida,  
iba aumentando la legion siniestra  
de vengadoras víctimas que al monstruo  
con sordos anatemas acosaban.  
Descubrió luego la iracunda sombra  
del papa Julio, de áspero semblante  
y mirada tenaz, que revestido  
de milanese cota y férreo casco,  
con belicoso ardor, en lid sañuda,

rezaba y combatía, al propio tiempo bendiciendo y matando con su espada. Y oyó tras esto el eco estrepitoso de las brutales risas con que Roma acogió torpe la piedad severa del pontífice Adriano, fugitivo rayo de luz, que iluminó un momento aquel antro de crímenes y orgías.

#### XVII.

Ante este cuadro de ignominia, el alma al cielo alzó las impalpables manos, cayó de hinojos en la roca viva, escondiendo su faz, y con acento que en su conciencia resonó tan sólo cual queja acusadora: — ¡Oh, Roma! — dijo — ¡Roma! ¿Qué has hecho de mi Dios? —

#### XVIII.

Entonces, como si su patético gemido diese al fantasma portentosa vida, la vision imponente de la Duda

creció, se irguió, se dilató cual nube  
 que el claro espacio de improviso invade,  
 y de sus ojos desbordó la sombra  
 como una inundacion; fijó su triste  
 y amorosa mirada en el confuso  
 espíritu del monje, que en la dura  
 y estéril peña oraba prosternado,  
 y un silencio mortal reinó en la altura.

## CANTO TERCERO.

### I.

Entregada al dolor, miéntras reñían  
decisiva batalla en su conciencia  
la fe imperiosa y la razon rebelde,  
el alma en su actitud desconsolada  
largo rato gimió.—La interna lucha  
del pensamiento que á dudar se arroja,  
no cuesta sangre, ni ocasiona heridas,  
pero siempre es mortal.—Acrecentando  
del abatido espíritu la pena,  
la voz de la vision, que, como el eco  
de música lejana, dulcemente  
del pobre monje acarició el oído,  
así le habló con ritmo cadencioso.

LA VISION.

Al cabo se cumplieron  
 las santas profecías  
 y Babilonia impura  
 esclavizó á Israel.  
 Pero contados tiene  
 la iniquidad sus días  
 y á realizarse empiezan  
 los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas  
 la corrupcion extiende;  
 estallan por doquiera  
 los síntomas del mal;  
 en público mercado  
 la salvacion se vende,  
 y cubre densa bruma  
 la Cruz pontifical.

La mano que bendice  
de sangre está teñida ;  
la simonía avanza  
de la soberbia en pos ;  
el claustro es madriguera  
donde la culpa anida ;  
y de sus propias aras  
está proscrito Dios.

Atrévete, y derriba  
con indignada mano  
el ídolo que usurpa  
su trono á la virtud.  
Quebranta las cadenas  
del pensamiento humano ;  
y rompe de las almas  
la torpe esclavitud.

Despierta las conciencias  
que embrutecidas duermen,  
y el mundo alborozado

se postrará á tus piés.  
 En el profundo surco  
 arroja el vivo gérmen,  
 y los futuros siglos  
 recogerán la mies.

No es digno de ser hombre  
 quien en silencio llora.  
 ¿Por qué no se aventura  
 tu firme voluntad?  
 Airado busca el cielo  
 la espada vengadora,  
 que ataje la gangrena  
 de la presente Edad.

La imprenta infatigable  
 te prestará su ayuda  
 contra el poder que eclipsa  
 los timbres de la Cruz.  
 Que el Verbo, ántes hundido  
 en servidumbre muda,

por Guttemberg librado  
ya es voz, ariete y luz.

---

El mal en sus entrañas  
oculto el cáncer lleva,  
y al más ligero impulso  
deshecho rodará.  
Que si en la muerte sólo  
la corrupcion se ceba,  
todo lo que aparece  
podrido, muerto está.

---

Calló la voz, y el alma consternada  
sintió, vencida en interior combate,  
su fe heredada vacilar, cual suele  
peñon movable en eminente sierra  
retemblar por los vientos sacudido.  
¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo  
del corazon humano, las memorias  
de la edad infantil! Sencillas preces

que amante madre en su regazo tierno  
nos enseñó á rezar ¿quién os olvida?  
El templo augusto do por vez primera,  
con religiosa admiracion, alzamos  
el pensamiento á Dios; la pila, el ara;  
el Crucifijo humilde, santa herencia  
de la familia, que en el trance duro  
de la agonía, el postrimer aliento  
de los que fueron recogió; la torre  
de la natal aldea, á cuya sombra  
se cobijan los rústicos hogares,  
cual tímidos polluelos en su nido,  
bajo el ala materna; la solemne  
y monótona voz de la campana,  
que en otro tiempo al despuntar la aurora  
y al declinar la tarde, parecía  
invitarnos á orar, dulces recuerdos  
son de la casta infancia, y sobreviven  
á la extinguida fe. Que puede el rayo  
echar por tierra el centenario roble,  
mas no arrancarlo de raíz.

## II.

¡Cuán fiero,  
cuán amargo es el tránsito del alma  
que deja el seno de la fe, y se acuesta  
en el lecho de espinas de la duda!  
Penas, insomnios, sombras y terrores  
le asaltan en monton, y son sus días  
negros como el pesar; la sed le abrasa  
y no encuentra raudal que la mitigue;  
su pensamiento es un puñal que lleva  
en la conciencia hundido, y tiembla y llora.  
Quiere rezar y su rebelde labio  
se niega á la oracion, alza los ojos  
y ve el cielo sin luz, demanda auxilio  
y muerto el eco á su clamor parece:  
es como nave náufraga perdida  
en proceloso mar y en noche oscura,  
á punto ya de sucumbir. El triste  
y atormentado espíritu del fraile  
sintió esta angustia punzadora. En vano  
quiso escapar del riesgo: fuerte nudo

le sujetaba al empinado risco  
cual si arraigase en él. Sobre su frente  
la vision melancólica extendía  
su abrumadora diestra, á cuyo peso  
la débil alma se doblaba, como  
endeble ramo bajo el propio fruto.  
Con hondo horror del polvo de los siglos  
alzarse vió las osamentas rotas  
de cien generaciones, que en revuelto  
y animado tropel le amenazaban,  
fijando en él sus órbitas vacías  
y gritando con ira inextinguible:  
— ¡Apóstata, traidor! —

### III.

Bajo el influjo  
de tan contrarios sentimientos, ciega  
y trastornada el alma soñadora,  
perdió el sostén, y con pasmoso estruendo  
rodó de la alta cumbre en que se erguía.  
De roca en roca, como alud que baja  
de inaccesible monte derrumbado,

con ímpetu cayó, no conocido,  
hasta los bordes de la inmensa sombra  
que llenaba el abismo pavoroso  
bajo sus piés abierto. ¡Oh perdurable  
y terrible caída, que recuerda  
la de Luzbel desvanecido! ¡Nunca  
llegará el alma despeñada al fondo  
de la insondable sima! ¿Tiene acaso  
la duda fin y límite el anhelo?—  
En vano el monje en las cortantes grietas  
buscaba apoyo, y contener quería  
su rápido descenso, como el ave  
que herida en el espacio y moribunda,  
con las últimas ánsias aletea.

A la presion de su insegura mano  
los peñascos cediendo, con medroso  
estrépito tras él se desprendían,  
cual si al romper su agobiadora cárcel  
el ígneo monstruo que oprimido gime  
en las entrañas de la tierra, el mundo  
hecho pedazos á su Dios lanzara.  
Aquella ingente mole de granito  
aglomerada por los siglos, obra

del misterio y la fe, con ronco estrago  
 se estremecía en su inmutable asiento,  
 y el alma al par con las hendidas peñas  
 que arrancaba de cuajo la convulsa  
 revolucion del monte, desolada  
 en la noche sin fin se sumergía.  
 Los enormes fragmentos de la roca  
 que á su paso saltaban, impelidos  
 por fuerza oculta en progresion creciente,  
 ante su vista atónita tomaban  
 fantásticos contornos, y en el aire  
 cambiaban sin cesar. Góticos templos,  
 labrados claustros, toscas esculturas,  
 altares y sepulcros, en ruidoso  
 remolino de escombros le seguían,  
 como si el orbe todo desquiciado,  
 detrás del alma al precipicio fuera  
 llevado por el vértigo.

IV.

En su rudo  
 y estéril batallar, oyó en la altura

una gran voz que, dominando el sordo fragor de la catástrofe, clamaba:—  
—¡Vencí, vencí, vencí! ¡La tierra es mía!—  
Al escuchar tan formidable grito, que como el són de la final trompeta retumbaba en la tierra y en los cielos, cayó el doliente espíritu en insano y profundo estupor, cerró los ojos, para no ver la temerosa ruina donde iba envuelto, y desde aquel instante nada vió, nada oyó.

## V.

Mas ¡ay! apenas se sobrepuso á su mortal congoja, preso en el cuerpo que dejó en el coro abandonado como prenda inútil, se halló otra vez, absorto y confundido. En el humilde lecho de su celda postrado estaba el mísero, y los monjes con solícito afan le rodëaban. Incorporóse con terror, clavando

en ellos la mirada escrutadora, como el que, salvo del peligro, empieza á darse cuenta de él. — ¿Dónde estoy, dónde? — tímido preguntó. Sereno y grave llegósele el Guardian: — Dad, hijo mio, gracias á Dios — le respondió apacible — que os apartó del borde de la fosa. Habeis estado como muerto. — ¡Y muerto estuve! ¡oh Padre! — el infeliz repuso. — ¡Ya no soy lo que fuí! Pesa en mis hombros la grosera cogulla, y me avergüenza mi antigua sumision. ¡Rompo mis lazos! ¡Cubro mi libertad! ¡Nazco á la vida! — ¡Calla, blasfemo! — El superior gritóle con alterada voz, miétras dudosos los frailes se alejaban repitiendo: — ¡Loco debe de estar! — Mudo y sombrío inclinó el triste la rugosa frente y quedó en su dolor como abismado. Hasta que al fin, alzando de improviso la vista hácia el Guardian, que al pié del lecho con paterna inquietud le contemplaba, — ¡Padre — le dijo — el hábito me quema

y le arranco de mí! ¡Dios me ilumina!—  
Despavorido y trémulo el anciano  
con voz entrecortada por el lloro,  
—¿Qué intentas, dí?—le preguntó.—Y el fraile  
irguiendo la cabeza en són de lucha,  
—¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—  
El venerable religioso entónces  
tendió sobre él la mano temblorosa  
y con torvo ademan gritó:—¡Anatema!  
Ya que indomable orgullo te desliga  
de nuestra santa fe, siglos y siglos  
la maldicion del cielo te persiga!—

FIN.

## NOTAS.

### I.<sup>a</sup>

No fijo ni determino el año del siglo xvi en que mi poema se desenvuelve, porque equivaldría á dar valor histórico á una creacion puramente fantástica; pero claro es que no habría podido ocurrir sino algun tiempo ántes de que Martin Lutero se hubiese resuelto á presentar sus noventa y cinco proposiciones contra el abuso de las Indulgencias, y principalmente contra el imprudente tráfico que con las bulas hacía Juan Tetzal, dominico de Pirna, comisionado por el Arzobispo Elector de Maguncia, para expender las que correspondían á Alemania y recaudar su importe.

### 2.<sup>a</sup>

He procurado representar en el cuadro á que se refiere la presente nota la poderosa influencia que ejerció en el crecimiento de la reforma el estado de relajacion moral y de ignorancia presuntuosa á que había llegado el clero regular de toda Europa en aquellos tiempos calamitosos. Mucho ántes de que Lutero se declarara en rebelion abierta contra Roma, y quizás cuando todavía no había pensado en lanzarse por el camino que después

siguió hasta el fin, habíase levantado una protesta general en toda la cristiandad contra el abismo de corrupcion, de codicia y de libertinaje en que había caído el elemento religioso de aquellos tiempos, y muy singularmente el monacal. Aprovecháronse de la revolucion que Lutero iniciaba los apetitos desordenados, las pasiones mal contenidas en el claustro, la perturbacion espantosa de las costumbres eclesiásticas—como en la Edad presente se aprovecha la demagogia de las libertades públicas que ha traído el generoso progreso de los tiempos—para romper todo freno y ofrecer el concurso de muchos frailes apóstatas y lividinosos á una doctrina que abolía el celibato del clero, prescindía de la Gracia y declaraba inútiles las buenas obras, las mortificaciones de la carne y la virtud regeneradora de la penitencia.

3.<sup>a</sup>

Es costumbre tradicional en la poesía y en la pintura la de presentar con feos colores y horripilante aspecto las visiones de la tentacion. En este punto he querido apartarme de la práctica establecida, porque creo que para que haya algun mérito en desoir las sugestiones de la culpa, es menester que ésta se nos muestre insinuante, hermosa, é irresistible. Sin poseer, por desgracia, la virtud inquebrantable de San Antonio, tengo para mí que la mayor parte del género humano habría rechazado, como el glorioso anacoreta, el halago y la seduccion de los caprichosos monstruos que le asaltaron en el desierto, segun se ve en los cuadros de Bosch, Breughel y Teniers y en las estampas de Schöngauer y Callot. Pinto la duda hermosa y atractiva, porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!

4.<sup>a</sup>

La humanidad ha caminado, y probablemente caminará hasta la consumacion de los siglos, entre dos hipótesis y dos términos, que siempre se resistirán á su inteligencia; la hipótesis luminosa que afirma, y la hipótesis oscura que niega, ámbas cerradas á la razon, aunque la primera no lo esté á la fe, con cuyo auxilio eficaz el espíritu se eleva á Dios, le conoce y confiesa, le admira y le ensalzâ. En el terreno de la controversia humana Dios es impenetrable, y si no lo fuera dejaría de ser Dios, porque su omnipotencia infinita no cabe en los estrechos límites de nuestro pensamiento.

En el órden de los hechos y en la sucesion de los siglos la humanidad marcha tambien entre dos términos igualmente invisibles: lo porvenir que ignora y lo pasado que olvida. La Providencia divina sólo entrega á nuestro conocimiento el minuto presente, y lo poco que cabe en el reducido marco de la Historia.

Estas dos hipótesis y estos dos términos son los que he tratado de representar en la abrupta roca á donde, en compañía de la Duda religiosa, trasporto el alma de Lutero. Confieso que la materia es demasiado abstrusa para la poesía, y pido perdon al lector por no haber sabido sustraerme á la tentacion del asunto.

5.<sup>a</sup>

La estatua de Moisés, que labró Miguel Angel por encargo del papa Julio II, revela la profunda admiracion que el insigne escultor sentía hácia la antigüedad clásica, y no sin razon se ha dicho de aquella obra maestra que

más que al rígido legislador hebreo, parece representar á Júpiter Olímpico.

Respecto de Rafael Sanzio, nadie ignora que su querida, la Fornarina, le sirvió con frecuencia de modelo para pintar á la madre de Dios.

6.<sup>a</sup>

Como es sabido, el renacimiento pagano que la invención de la Imprenta y la caída del Imperio bizantino desarrollaron en el Mediodía de Europa y sobre todo en Italia, llegó en Roma y en Florencia á su mayor apogeo en el siglo de Leon X. Las letras, las artes, las ciencias, hasta las costumbres, que fueron entónces descaradamente licenciosas sufrían la influencia de aquel movimiento anticristiano. El cuadro que de esta época trazan los escritores ortodoxos, me ha servido con las necesarias atenuaciones que el respeto de las cosas sagradas me inspira, para trazar el mío, y pueden convencerse de esta verdad, sin ir más léjos, cuantos lean ó recuerden lo que sobre tiempos tan corrompidos refiere César Cantú en su *Historia universal*, obra eminentemente católica, que anda en manos de todos.



